

D. ALBERTO. Pues entónces bien estamos,
y salimos del apuro.

D.^a RUFINA. Sí salimos; pero el caso
es que todos me pedían
el dinero adelantado,
y sólo á fuerza de fuerzas
á la fin se conformaron
á dar los dichos efectos
con tal de que nuestro hermano
en cuanto llegue á Sevilla
dé la cara á todo.

D. ALBERTO. Al cabo
eso, Rufina, no importa,
porque á lo ménos logramos
que Blas el primer momento
nos encuentre en cierto estado
de decencia.

D.^a RUFINA. Mas si al punto
de su llegada á asaltarlo
comienzan los acreedores...

D. ALBERTO. No faltará de engañarlos
nuevo medio. Y detenerlos
un par de dias acaso
no será difícil.

D.^a RUFINA. Es
hasta pescar necesario
que no vengan á molestarle.

D. ALBERTO. Pues eso digo...

D.^a RUFINA. Y tú, hermano,
¿has hecho tambien negocio?

D. ALBERTO. Nada, Rufina.

D.^a RUFINA. Es bien raro,

D. ALBERTO. Encontré los dos gallegos
que servirán de lacayos,
y á las tres han de venir,
pero pienso será en vano.
Porque aquellas dos libreas
que en tu boda se estrenaron,
no las suelta el carbonero
aunque le muelan á palos.
Porque dice que no afloja
la prenda hasta estar pagado.

D.^a RUFINA. ¡Qué gentuza tan infame!
Si son unos ladronazos.

D. ALBERTO. El bribon del montañés,
que tiene hace más de un año
empeñado mi uniforme,
tampoco quiere soltarlo,
y ves la falta que hace
para recibir...

D.^a RUFINA. Es claro.

D. ALBERTO. La demanda por la renta
de la casa no he logrado
suspender por más que hice,
y va con Blas á afrentarnos
si llega á la ejecucion,

como temo...

D.^a RUFINA. Será un chasco.
Pero el primo don Miguel...

D. ALBERTO. Está el pobre sin un cuarto.
Desde que á Sevilla vino
ese griego endemoniado,
ese clérigo extremeño,
aquel que los cerdos trajo,
que sabe más que Brijan,
y que es un tahir...

D.^a RUFINA. No hablo
de lo que en el juego gane,
sino de que le he encargado
que nos busque algun dinero
aunque sea con quebranto,
pues siempre los jugadores
hallan quien les preste.

D. ALBERTO. Cuando
tallan ó están en fortuna;
pero á los cucos...

D.^a RUFINA. Veamos
si tienen sus diligencias
favorable resultado,
pues lo que nos interesa,
como tú sabes, hermano,
es que Blas no nos encuentre
viviendo como gitanos,
como perdidos.

D. ALBERTO. Seguro.

D.^a RUFINA. Como que es, Alberto, claro.
Esa generosidad
de querer sus bienes darnos,
no es cariño. ¿Qué cariño
despues de treinta y dos años?
Es que mi título, sea
ó postizo ó bueno ó malo,
al fin suena; y que tu empleo,
aunque no es más que honorario
tiene un vistoso uniforme,
y su señoría al canto;
y que es mucho gusto ver
el nombre de uno estampado
en la guía de forasteros.

D. ALBERTO. Pero con decencia y fausto
estos títulos y honores
ayudar es necesario...

D.^a RUFINA. Aunque sea haciendo trampas,
que sino dirá...

(Suena la campanilla del porton)

D. ALBERTO. ¿Llamaron?

D.^a RUFINA. Sí; serán los mandaderos
con los muebles y los trastos.

D. ALBERTO. O los gallegos serán
que han de servir de lacayos.
No; que es Miguel, nuestro primo,

D.^a RUFINA. ¿Si habrá cumplido su encargo?

ESCENA XI

D.^a RUFINA. D. ALBERTO. D. MIGUEL.

D. MIGUEL. (*Tira el sombrero sobre una silla y se
sienta en otra con despecho.*)
Maldita mi suerte amén,
y ese clérigo extremeño
más negro que una sarten,
y de ganarle tambien
maldito sea mi empeño.

D. ALBERTO. ¿Qué ha ocurrido?

D.^a RUFINA. Primo, dí.

D. MIGUEL. Que la mejor ocasion
de hacer un gran fortunon
esta mañana perdí
por ese griego bribon.

D.^a RUFINA Y D. ALBERTO. ¿Cómo?

D. MIGUEL. Yo os lo contaré.
(*Se levanta de la silla.*)

Fuíme temprano á almorzar
con el marqués del Molar,
y por fortuna le hallé
al punto de despertar.
Mientras salí de la cama
le alabé de gran torero,
diciéndole que el Romero
jamás adquirió la fama
que él tiene en el matadero.
Despues le hablé de Juanilla,
la gitana que mantiene,
y de que un cantador viene
de Sanlúcar á Sevilla
que en el polo igual no tiene.
Despues toqué la guitarra...
Finalmente, le cogí
diez duros, y desde allí
á casa de nuestro Parra
á buscar fortuna fuí.
La banca de cabecera
aun no habia comenzado.
Puse el burlote, fiado
en lo que el diablo quisiera,
y no fuí muy desgraciado;
pues veinte onzas mis diez duros
eran ya, con que creia
que iba á lograr en el dia
dar fin á nuestros apuros;
¡tan buena suerte tenia!
Cuando el extremeño entró
y detrás de mí se puso,
Manolito me advirtió
que lo dejara. Confuso

TOMO II

su consejo me dejó.
Pero una corazonada
de que le habia de matar,
y el deseo de dejar
mi pérdida desquitada,
hiciéronme continuar.
Sólo dos tallas tiré.
¡Jamás hubiera tirado!
pues sin blanca y desbancado,
queridos primos, quedé.
¡Mirad si soy desgraciado!

D.^a RUFINA. No lo hiciera peor, Miguel,
un niño de la doctrina.
¿Y lo que sabes?...

D. MIGUEL. Rufina,
nada aprovecha con él.
Tiene la vista muy fina.

D.^a RUFINA. Y entre tanto nada has hecho
de aquel tan urgente encargo.

D. MIGUEL. Sí tal, prima; sin embargo
de mi rabia y mi despecho
por bocado tan amargo,
fui á buscar un usurero
llamado don Simeon,
tan hipócrita embustero
como taimado ladron,
pero que presta dinero.

D.^a RUFINA. ¿Y sacastes algo por fin?

D. MIGUEL. A fuerza de batallar,
de mentir y de jurar,
logré al mísero ruin
algun poquito ablandar.
Pero á pesar de la sarta
de mis ofertas, no quiso
dar nada, y quedó indeciso
hasta ver de Blas la carta;
y enseñársela es preciso.
¡Gran virtud la carta tiene!

D.^a RUFINA. Y si es tan desconfiado,
¿por qué á casa el renegado
á ver la carta no viene?

D. MIGUEL. Ya venia á toda priesa
el cara de basilisco,
y al pasar por San Francisco
oyendo tocar á misa
entró, y con facha muy grave
me dijo: Pues que ya sé
la casa y la calle, iré
en cuanto la misa acabe.

D. ALBERTO. Extraña es su devocion.

D. MIGUEL. Su conciencia es más extraña,
pues no se halla en toda España
más desalmado ladron.

D.^a RUFINA. Dime, ¿por qué cantidad
le hablaste?

D. MIGUEL. Por cien doblones.

D.^a RUFINA. Es poco.
 D. ALBERTO. ¿Qué te propones?
 D.^a RUFINA. Hay mucha necesidad.
 D. MIGUEL. Mas ¿cuál es tu pensamiento?
 Pues con franqueza, Rufina,
 mi imaginacion no atina
 con la razon de tu intento.
 D.^a RUFINA. Que quiero que Blas nos halle
 viviendo cual caballeros;
 no hechos unos pordioseros;
 como quien dice en la calle.
 D. MIGUEL. Pues yo tengo otra opinion,
 y juzgo que mejor fuera
 que en la indigencia nos viera
 para que la compasion...
 D.^a RUFINA. ¡Qué mal conoces, Miguel,
 á estos hombres de fortuna!...
 Con pobreza cosa alguna
 sacar lograremos de él.
 Nuestros títulos y honores
 le mueven tan solamente,
 y el encontrar á su gente
 en la clase de señores.
 Además sabes tambien
 que tres veces ha enviado
 dinero, y que confiado
 está en que se gastó bien.
 La primera vez mandó
 seis mil y tantos doblones,
 que en pretender y en funciones
 mi hermano Alberto gastó.
 Envió poco despues
 diez mil pesos, que el demonio
 se llevó en mi matrimonio
 con mi difunto marqués;
 y ha tres años recibimos
 ocho mil, cuya mitad
 se gastó en la necedad
 de aquel pleito que perdimos,
 y los demás para el juego
 cual sabeis se destinaron:
 y á la verdad que volaron
 más pronto que árbol de fuego.
 Así se ha hecho paz y guerra
 de lo que Blas enviaba,
 aunque tanto aconsejaba
 que lo empleásemos en tierra;
 y es preciso no olvidar
 que siempre por no escamarle,
 ni la voluntad quitarle
 por si más queria mandar,
 le escribimos que en dehesas,
 que en casas y en olivares,
 cortijos, huerta, lagares
 se empleaban sus remesas.
 Y si ahora en resolucion

nos encuentra cual nos vemos,
 mucho que temer tenemos
 el que cambie de intencion.
 El no piensa remediarnos,
 fomentarnos sí, y si ve
 nuestro estado, con el pié
 nos dará para ayudarnos.
 D. ALBERTO. Rufina, tienes razon.
 D.^a RUFINA. ¡Cómo si tengo!
 D. MIGUEL. Veamos
 si con la carta ablandamos
 al señor don Simeon.
 D. ALBERTO. (*A doña Rufina.*)
 Dime, ¿y dónde fué Pascual?
 D.^a RUFINA. Al correo le he mandado,
 pero como es tan pesado
 el grandísimo animal,
 tardará un siglo.
 D. ALBERTO. Yo creo
 que ya llegó á Cádiz Blas,
 y que tenemos verás
 carta suya este correo.
 D.^a RUFINA. Sin duda.
 D. MIGUEL. Pues si otra carta
 satisfactoria viniera,
 don Simeon se pusiera
 con orejas de una cuarta.
 D. ALBERTO. Fuera muy bueno.
 D. MIGUEL. Sino,
 para el negocio acabar
 y el hígado hacerle dar
 otro expediente sé yo.
 D.^a RUFINA. Dilo, y al punto se hará.
 D. MIGUEL. Darle de tu hija las perlas,
 pues yo aseguro que al verlas
 tantos ojos abrirá.
 D. ALBERTO. ¿Qué perlas?
 D. MIGUEL. Aquella sarta
 tan gorda, luciente y fina,
 que Blas envió á su sobrina
 con quien nos trajo la carta.
 D.^a RUFINA. Un inconveniente tiene.
 D. MIGUEL. ¿Y es?
 D.^a RUFINA. Que como Blas la envia
 para que la niña el día
 de su llegada la estrene,
 si á notar la falta acierta...
 D. ALBERTO. De las perlas no hay que hablar.
 (*Se oyen golpes de llamar al porton.*)
 D.^a RUFINA. ¿Esos golpes son llamar?...
 D. MIGUEL. Llamar son.
 D.^a RUFINA. Ana, la puerta.
 D. MIGUEL. ¿Si será don Simeon?
 D.^a RUFINA. (*Con impaciencia.*)
 Ana... ¡que llaman! Paquita...
 Ana... ¡Jesus, qué maldita!

ESCENA XII

LOS MISMOS. ANA y D.^a PAQUITA, que entran de prisa

D.^a PAQUITA. ¿Mamá?
 ANA. ¿Señora?
 D.^a RUFINA. El porton.
 (*Vase Ana.*)

ESCENA XIII

LOS MISMOS, ménos ANA

D.^a PAQUITA. ¿Qué me quiere usted, mamá?
 D.^a RUFINA. Nada... Como cuando grito
 en vano me desgañito,
 te llamé...

ESCENA XIV

LOS MISMOS. ANA.

A la puerta está
 un hombre del otro siglo,
 un duende del purgatorio.
 D.^a RUFINA. (*Con enfado.*)
 ¿Quién dices?
 ANA. Un vejestorio,
 ó mejor diré un vestigio.
 D.^a RUFINA. Sin duda será, Miguel,
 aquel que esperamos.
 D. MIGUEL. Sí;
 echa á estas niñas de aquí,
 que yo subiré con él.
 (*Vase don Miguel.*)

ESCENA XV

LOS MISMOS, ménos D. MIGUEL

D.^a RUFINA. Vete á tu cuarto, Paquita,
 y tú tambien. (*A Ana.*)
 ANA. (*A doña Paquita.*)
 Que me place.
 ¡No sabe usted qué bien hace
 en echarnos, señorita!
 Porque á las dos nos liberta
 de un sopencho con no ver
 á ese viejo Lucifer
 de quien voy de miedo muerta.
 D.^a RUFINA. (*Con rabia.*)
 ¿Qué demonio murmurais?
 ANA. Dábamnos gracias á Dios
 de que...
 D.^a RUFINA. ¡Buenas sois las dos!...
 Marchad, marchad, que estorbais.
 (*Vanse las dos.*)

ESCENA XVI

D.^a RUFINA. D. ALBERTO. D. MIGUEL. D. SIMEON, vejete ridiculo,
vestido de negro con peluquin

D. MIGUEL. (*Con gran prosopopeya.*)
 Marquesa prima, don Alberto primo,
 aquí el sujeto está que tanto estimo,
 don Simeon de Algarrapaochea.
 D. SIMEON. Y quien á usías complacer desea.
 D.^a RUFINA. Señor don Simeon, muy buenos dias.
 Somos sus servidores.
 D. SIMEON. Dios á usías
 de salud colme y bienes infinitos.
 D.^a RUFINA. Alberto, acerca sillas.
 D. SIMEON. (*Aparte.*) ¡Qué chorlitos!!!
 A estafa huele cuanto miro. ¡Fuego!
 (*Acerca don Alberto una silla.*)
 D. ALBERTO. Sentaos y descansad.
 D.^a RUFINA. Sentaos, os ruego.
 D. SIMEON. Con permiso, que he estado de rodillas
 por un buen rato.
 D.^a RUFINA. (*A don Miguel.*) Acerca otras dos sillas!
 (*Al sentarse don Simeon se rompe la
silla, y cae de espaldas.*)
 D. SIMEON. (*Al caer.*)
 ¡Ay! Dios me valga y San Anton ben-
 D. ALBERTO. ¡Jesus! ¿qué fué?... (*dito.*)
 D. MIGUEL. Mas ¿cómo...
 D.^a RUFINA. (*Con gran sobresalto.*) ¡Pobrecito!
 D. ALBERTO. ¡Qué desgracia!
 D. SIMEON. (*En el suelo.*) ¡Ay de mí! ¡Fatal porrazo!
 Dios me saque con bien el espinazo.
 D. MIGUEL. (*Ayudando á levantar á don Simeon.*)
 Alzad, que yo os sostengo. No fué nada.
 D. SIMEON. (*Levantándose.*)
 Una costilla he de tener quebrada.
 D.^a RUFINA. ¡Terrible susto!
 D. SIMEON. (*Mirando á la silla.*)
 Sillas tan malditas
 son unas trampas de matar visitas.
 D. ALBERTO. Gracias á Dios, señor, que nada ha sido.
 D. SIMEON. Es malísimo agüero.
 D.^a RUFINA. ¡Qué encogido
 que tengo el corazon!... Ana... mucha-
 (*cha,*
 agua al momento. Tráemela; despacha.
 D. SIMEON. (*Registrándose todo el cuerpo.*)
 Un sueño me parece el estar sano.
 Pensé parar...
 D. MIGUEL. En el infierno; es llano.
 ¡Un hombre como usted!...
 D. ALBERTO. Pudiera...
 D.^a RUFINA. Ana...
 ¿El agua no traerás hasta mañana?

¡Jesus, qué pesadez!... ¡Niñas!
 D. ALBERTO. Ya vienen.
 D.ª RUFINA. Sangre de plomo las malvadas tienen.

ESCENA XVII

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA

D.ª PAQUITA. *(Asustada.)*
 ¡Qué voces! ¡Ay mamá!... ¿Qué ha
 (sucedido?...
 D.ª RUFINA. Que este buen caballero se ha caído.
 D. SIMEON. *(Aparte mirando á doña Paquita.)*
 ¡Linda muchacha!
 D.ª RUFINA. Porque el vil criado
 dejó una silla rota en el estrado
 y por desgracia fué la que...

ESCENA XVIII

LOS MISMOS. ANA, que saca un vaso de agua en la mano

ANA. Señora,
 aquí está el agua.
 D.ª RUFINA. ¡Tráesla á buena hora!
*(Repara en que trae Ana el vaso sin
 plato.)*
 Pero ¿qué es esto?... Pícara, bribona...
 D. SIMEON. *(Reparando en Ana.)*
 ¡Pues no es ménos bonita la fregona!
 D.ª RUFINA. *(A Ana.)*
 ¿Por qué no traes de plata la salvilla?
 ANA. *(Burlándose.)*
 ¿Cuál?
 D.ª RUFINA. La de plata.
 ANA. ¿Cuál?... Viva Sevilla.
 D.ª RUFINA. Señor don Simeon, perdon le pido.
 Bebed en este vaso, pues ha sido
 que con la priesa y voces asustada
 olvidó la salvilla la criada.
 D. SIMEON. Mil gracias, mi señora la marquesa.
 Ya el susto se ha pasado.
 D.ª RUFINA. No me pesa.
 Pero yo he de beber... *(Bebe.)* á Dios
 (las gracias
 de que así se salió, que las desgracias
 suceden sin saber cómo ni cuándo.
*(Da el vaso á Ana, y á ella y á Paquita
 dice aparte.)*
 Idos, mas sin quedaros escuchando,
 cual teneis de costumbre.
 ANA. ¡Buen aviso!
 ¿Le gusta á usted el vejete?...
 D.ª PAQUITA. *(Ap. á Paquita.)*
 Es un Narciso.
 ANA. ¡Qué facha! ¡Qué peluca!

D.ª PAQUITA. Es buena pieza.
 ANA. Siento que no se ha roto la cabeza.
 (Vanse.)

ESCENA XIX

D.ª RUFINA. D. ALBERTO. D. MIGUEL. D. SIMEON

D.ª RUFINA. En otra silla, señor...
 D. SIMEON. Perdon, señora marquesa,
 que no volveré á sentarme
 en otra silla.
 D.ª RUFINA. Está buena
 la que os ofrezco.
 D. SIMEON. Señora,
 la que dió conmigo en tierra
 que estaba rota ignoraba
 su señoría, y pudiera
 ignorar tambien que está
 rota la que me presenta;
 y si del golpe primero
 saqué la persona entera,
 puedo sacar del segundo
 roto un brazo ó una pierna.
 Por tanto de pié resuelvo
 la visita hacer, y fuera
 bueno que no fuese larga;
 no se hunda el suelo ó se venga
 alguna viga del techo
 á aplastarme la cabeza:
 porque esto de las desgracias
 es un plato de cerezas.
 D. ALBERTO. No, que os habeis de sentar
 para enteraros.
 D. SIMEON. ¿No es buena?
 ¡Si he dicho que no me siento!
 De pié escucho.
 D.ª RUFINA. Bien; pues sea.
 Ya el capitán nuestro primo
 le habrá informado...
 D. SIMEON. En urgencia
 me ha dicho que están usías.
 D.ª RUFINA. Como están cuantos de rentas
 y de mayorazgos viven,
 porque con tantas revueltas,
 invasiones y mudanzas,
 cambios de gobierno y guerras,
 ni pagan nuestros renteros,
 ni se pueden tomar cuentas
 á los administradores,
 ni los productos nos llegan
 de nuestros estados, ni...
 D. SIMEON. Tiempo ha, señora marquesa,
 que los que piden dinero
 tales trabajos alegan;
 pero es lo malo, señora,
 que en el mundo una peseta...

¿qué digo? un solo real,
 ni un maravedí se encuentra.
 D.ª RUFINA. Que recurran es forzoso
 las gentes de nuestra esfera
 á honrados capitalistas...
 D. SIMEON. Que son necios y se dejan...
 D.ª RUFINA. Que son personas de bien,
 y de apuros...
 D. SIMEON. Pero es fuerza
 dar muchas seguridades
 á los que su sangre sueltan.
 D. MIGUEL. Sin duda.
 D. SIMEON. Pero los bienes
 vinculados no aprovechan
 para ofrecer garantía
 cuando el dinero se presta.
 D.ª RUFINA. Lo mismo iba yo á decir.
 D. SIMEON. Pues entónces...
 D. ALBERTO. Pronto llega
 un nuestro hermano que viene
 de Lima, y cuyas riquezas
 son tan grandes...
 D. SIMEON. Tal me ha dicho,
 si es que mal no se me acuerda,
 vuestro primo el capitán.
 D. MIGUEL. Pues este es el caso.
 D.ª RUFINA. Llega
 de un momento á otro mi hermano,
 cuyo caudal en moneda
 sube á trescientos mil duros.
 D. SIMEON. ¡Hola!
 D.ª RUFINA. Y tiene alma tan buena
 que todo entre su familia
 repartirlo al punto piensa.
 D. SIMEON. ¿Con que trescientos mil duros?...
 (Ap.) Si es verdad, ganancia hay cierta.
 D.ª RUFINA. Y recibirle á lo ménos
 como se merece es fuerza;
 para lo cual necesito...
 D. SIMEON. ¿Y hay documento que pueda
 acreditar su venida,
 y que con tal rumbo piensa?
 D.ª RUFINA. Sí señor, tenemos carta...
 D. SIMEON. ¿La teneis á mano?
 D.ª RUFINA. *(Saca una carta del pecho.)*
 Es esta.
 (Da la carta á don Alberto.)
 Aquí la teneis. Alberto,
 toma la carta, y leerla
 puedes á don Simeon
 desde la cruz á la fecha.
 D. ALBERTO. *(Toma la carta y con gran precipita-
 cion lee.)*

Puerto del Fayal 24 de febrero de 1825.—
 Queridos hermanos míos, los trastornos ocurri-
 dos últimamente en Lima me han obligado á

dejar aquella tierra, y habiendo capitalizado to-
 dos mis bienes...
 D. SIMEON. *(Con enfado.)*
 ¿Es taravilla, señor?...
 No he entendido ni una letra.
 Más despacio.
 D. ALBERTO. ¿Pues no basta?
 D. SIMEON. No señor, ¡pese á mi abuela!
 Dádmela; yo la leeré.
 No es cosa de juego esta.
 D.ª RUFINA. Dásela á don Simeon.
 D. ALBERTO. Con mucho gusto...
 D. SIMEON. Pues venga
 (Toma la carta.)
 con mucho gusto.
 D. ALBERTO. *(Dándole la carta.)* Pues sea.
 D. SIMEON. *(Vase á un lado de la escena, se pone
 unos anteojos, reconoce el papel, y lee
 con mucha pausa.)*

Puerto del Fayal 24 de febrero de 1825.—
 Queridos hermanos míos, los trastornos ocurri-
 dos últimamente en Lima me han obligado á
 dejar aquella tierra, y habiendo capitalizado to-
 dos mis bienes adquiridos en tantos años de
 trabajos y desvelos, y reunidos en todo más de
 trescientos mil duros, me embarqué con ellos
 hace tres meses para Cádiz en la fragata la
 Corza. Hasta ahora he tenido, gracias á Dios,
 feliz navegacion; sólo á la vista de estas Islas
 Terceras una racha de viento me rompió un
 palo, lo que nos ha obligado á arribar á este
 puerto hace una semana para remediar la ave-
 ría. Por esta ocurrencia no tengo ya el placer
 de estar con vosotros; y aunque pensaba sor-
 prenderos agradablemente, sabiendo ahora que
 el canónigo de la santa iglesia de Lima, don
 Sebastian Fabian de Tornacuero, mi compa-
 ñero de viaje y particular amigo, marcha á
 España, para pasando por Sevilla y Madrid ir
 á Roma á asuntos de su cabildo, le encargo de
 esta carta; pues no puedo resistir más tiempo
 al gusto de escribiros y avisaros mi llegada á
 estas Islas Terceras, y lo pronto que tendré el
 gusto de abrazaros. Me encuentro viejo y sol-
 tero, y para vosotros es el fruto de mis afanes,
 pues cuanto tengo lo repartiré con vosotros á
 mi llegada, reservándome una pequeña canti-
 dad con que acabar mis días tranquilamente en
 el campo. Y es tan segura esta mi resolucion
 que, por si algo me ocurriese en tan dilatado
 viaje, he dejado hecho allá mi testamento y
 aquí traigo copia que os asegurará de mi deter-
 minacion, y que no la hará inútil en cualquier
 evento. Dentro de seis ú ocho dias daré otra
 vez la vela; con que, esperadme de un momento
 á otro, pues en Cádiz me detendré sólo lo pre-